

blevación que conmovía el campamento y que parecía amenazar al rey y á su córte.

Azam entre tanto se dejó arrastrar por la corriente revolucionaria, y mientras los rostros de todos parecían inflamados por la rabia ó pálidos de pavor, el suyo por el contrario revelaba una amarga complacencia.

Los soldados de Sakfan fueron los primeros que se presentaron en el teatro del peligro, y los amotinados tuvieron que detenerse con su furia y con sus gritos á diez pasos de la tienda, que amenazaban con sus gestos y con sus ojos, ante los afilados sables de aquellos esforzados africanos.

Si alguno se habia atrevido á dudar de lo que Azam habia dicho, la palidez que cubria el rostro de Aben-Rafi y su coraza abollada en muchas partes y manchada de sangre en otras, indicaban que todo era cierto; además sus soldados, que habian quedado á la parte de afuera, satisfacian la curiosidad de los amotinados contándoles su derrota.

En el interior de la régia tienda reinaba el espanto. Los mas decididos oficiales, aquellos que en mil ocasiones habian demostrado un valor á toda prueba, parecian hundidos bajo el peso de una horrible desgracia. Farax, cuyo rostro brillaba de satisfaccion hacia pocos dias, se paseaba con los brazos caidos y con la cabeza inclinada sobre el pecho en señal de profundo abatimiento. Josuf, que habia abandonado el lecho para ir á saber lo que ocurría en la tienda del rey, se habia visto precisado á sentarse en un cogen, y sus ojos, en los que parecia brillar la fiebre, lanzaban vagas miradas. Ajem oia con señales de profundo dolor la relación que Aben-Rafi hacia del encuentro de la noche anterior, del cual apenas se habian salvado algunos centenares de hombres; y mientras esto sucedia dentro de la tienda, Sakfan por la parte de afuera alentaba á sus subordinados para que no dejaran pasar á la multitud; pero esta no parecia por entonces dispuesta á hacer actos de violencia. Los mas decididos, los mas indignados, se quedaron frios y mudos ante el cuadro que acababa de ofrecerse á sus ojos. El mismo Azam se conmovió al contemplarle, como si su

venganza hubiera tomado proporciones demasiado gigantescas; pero aquella calma no podía ser muy duradera. La tempestad tiene sus momentos de tregua, pasados los cuales torna á la carga con nueva intensidad, y el rayo vuelve á rasgar las nubes. Ajem y Farax comprendieron que, tras el silencio imponente y profundo de la apiñada multitud que les rodeaba por todas partes, debía venir algo de horrible para el rey y para ellos mismos.

«Es preciso penetrar en el kiosko», dijo Farax. La derrota de Aben-Rafi y la actitud de la muchedumbre nos obligan á quebrantar la órden.

—Estraño mucho que estos rumores no le hayan hecho salir de él hace rato, exclamó Ajem.

—La muerte de la cristiana ha acabado de postrarle; ya antes de ese horrible suceso creia tener motivos para dudar de todo.

—¡Pobre Zelim-Almanzor! murmuró Ajem volviendo la cabeza á un lado para ocultar una lágrima á los ojos de la multitud.

—¡Valor!... ¡valor! balbuceó Farax. Esperad aquí, yo penetraré en el kiosko. Si se irrita, yo sufriré las consecuencias.

Esto diciendo, Farax salió de la tienda para acercarse al elegante kiosko que se levantaba al lado de ella.

La multitud lanzó un grito que resonó como una amenaza en los oídos de Farax. Sin embargo, este llegó con impavidez á la puerta y la abrió con calma.

Un silencio profundo reinó á su alrededor, y los ojos de todos se fijaron en el kiosko, en donde acababa de entrar el antiguo traficante de Fez, como si de él debiera salir el bien ó el mal, la esperanza ó la ruina. La ansiedad de la muchedumbre se insinuó con un ligero murmullo, que se aumentó cuando vieron que Farax no salía y que tardaba mas de lo regular.

Ajem, haciendo un esfuerzo nervioso, avanzó á saber qué motivaba aquella tardanza; pero á tres pasos del kiosko se de-

tuvo como si hubiera visto un fantasma horrible; lanzó un ¡ay! y cayó sin sentido. La multitud se replegó sobre sí misma. Los soldados de Sakfan dejaron caer sus sables, y los niños lloraron de miedo al ver temblar á sus padres.

En aquellos momentos en que nadie se atrevía á moverse, un hombre, aprovechándose del pavor de los soldados de la guardia, se acercó al fatal kiosko, pasando por encima del cuerpo inerte de Ajem y penetró en él. Un momento después volvió á presentarse en la puerta para decir:

«Farax está desmayado. ¡Zelim-Almanzor ha desaparecido!»
— Aquel hombre era Azam.

No habian tenido tiempo para salir de su asombro los espectadores de estas escenas, cuando un nuevo acontecimiento vino á hacerles prever hasta donde iba á conducirles la fatalidad que parecia agitarse sobre el campamento de Zelim-Almanzor. Un miserable habia hecho cundir entre los soldados del Tuerto, que formados en batalla esperaban la hora de marchar, la funesta noticia de la derrota de Aben-Rafi durante la noche anterior, y se habia atrevido á asegurar que el héroe de Benalguacil, lo mismo que el rey, estaban vendidos al enemigo que avanzaba victorioso á marchas dobles. La tardanza de este en salir á ponerse al frente de ellos, y sobre todo la profunda tristeza que sombreaba el semblante del Tuerto, de la cual era causa la que á su vez habia inyadido el alma de Zelim-Almanzor, mal interpretada hasta por sus mas fieles subordinados, fue atribuida al temor de que se malograrán sus infames designios. Un siniestro murmullo se levantó en las filas. El Tuerto quiso saber la causa, y uno de los mas indignados y de los mas valientes se cuadró delante de él, y disparándole su arcabuz le derribó del caballo. El decidido caudillo vivió algunos momentos para preguntar por qué causa sus servicios eran de aquel modo recompensados, y el fanático asesino que habia creído en la traicion de su gefe como creia en la existencia de los cielos del Alcoran, amargó sus últimos momentos diciéndole al oido: «Mueres por traidor.»

La muerte del Tuerto fue la señal de insurreccion. Los soldados abandonaron las filas, hiriendo ó matando á los oficiales que trataban de oponerse á ello, y aquella soldadesca que habia encontrado la palabra traicion con que justificar sus crímenes y sus devastaciones, avanzó ébria de furor hácia la tienda de Zelim-Almanzor, y allí encontró á la multitud asombrada y sobrecogida que acababa de ver lo que antes hemos referido ya. Sorprendidos los recién llegados al saber que Zelim-Almanzor habia huido del campamento dejándoles abandonados bajo las órdenes del traidor que acababan de asesinar, se lanzaron sobre la tienda del rey pasando por encima de los soldados de Sakfan, que no pudieron contener aquel nuevo empuje, y sacrificaron inhumanamente á los que trataron de restablecer el orden y la disciplina. Ajem, que acababa de recobrar el sentido, fue una de las primeras víctimas. Su intimidad con el rey, la confianza que este le dispensaba, fue motivo para creerle iniciado en la supuesta traicion, y uno de aquellos desalmados, que el dia antes se hubiera postrado al verle, no tuvo reparo en clavar su puñal en el pecho del noble y sabio musulman, que con tanto zelo y desinterés se habia consagrado á trabajar por la independencia de los que entonces le asesinaban.

—¡Miserables! balbuceó Ajem antes de espirar; no soñéis ya en vuestra independencia.... Sois fanáticos.... y el fanatismo.... será.... siempre.... esclavo!....

—¡Es preciso acabar con los africanos! ¡Ellos son los traidores! dijo uno de aquellos desalmados mostrando su puñal ensangrentado.

La multitud, cansada de sangre y de matanza, parecia tan indecisa como cruel; y cuando ya mostraba haberse hartado de asesinar, aquellas palabras pronunciadas con voz de trueno fueron la señal de muerte para Aben-Rafi y Josuf. Este último herido, como sabe el lector, no pudo oponerles resistencia ninguna: ademas iba desarmado, pero ni esta circunstancia ni la de haber sido herido en una gloriosa batalla pudieron alejar el puñal de su pecho. Sucumbió tambien el valiente africano, y

sus últimas palabras fueron para maldecir el momento en que se había puesto al frente de aquella canalla. Sakfan sostuvo durante algunos minutos una lucha terrible con cuatro adversarios, de los cuales tres quedaron tendidos á sus pies y el cuarto vengó á sus compañeros hundiendo el puñal en el pecho de este, que herido ya y rendido apenas podía tenerse de pie. Hartos de sangre quisieron complacerse en la devastacion, y aquellos fanáticos hicieron añicos las armas del rey, sus trages, sus muebles y los arneses de sus caballos: insultaron é hirieron á sus criados, degollaron sus caballos y dieron fin á la jornada haciendo arder las tiendas, los pabellones y el kiosko que habia ocupado Zelim-Almanzor con su servidumbre.

Entre tanto, no muy lejos del sitio que era teatro de aquellos horrores, Farax entreabria los ojos á la sombra de un árbol. Un hombre esperaba que recobrase el sentido arródlado á su lado. Junto á aquel grupo, que contrastaba con los horrores y las escenas de devastacion que tenian lugar no lejos de alli, dos caballos perfectamente ensillados y con fuerzas para resistir largas jornadas alargaban el cuello para morder las yerbecillas que reverdecian ante sus ojos.

«Esa cara..... yo os he visto otra vez.....» balbuceó Farax contemplando al que á costa de perder la vida le habia sacado del fatal kiosko librándole del furor de la multitud.

—Sí, soy Azam..... mas claro: soy el criado de aquella noble muger que os recomendó Melek.

—¿Y qué es de ella?... ¿esa muger... Zelim-Almanzor!

—¡No me preguntéis nada!..... Algun dia os lo contaré todo: entre tanto montad en uno de esos caballos, y huid por aquel camino.

—¿Cómo?... ese camino se interna en la sierra, exclamó Farax sorprendido de que su salvador se lo indicase.

—En esas fragosidades podreis salvaros, porque el enemigo nos rodea por todos las demas puntos. La sorpresa será completa. Vos y los que os hayan precedido por ese camino que os indico sereis los únicos que se habrán salvado.

—¿Pero y vos? preguntó Farax poniendo el pié en el estribo.

—No os cuideis de eso.... ¡Alá vela por mí!... La obra se vá terminando ya, pero todavía no está concluída.

Farax lanzó una mirada á su salvador, como si hubiera querido penetrar en su alma, luego picó espuela al caballo y desapareció por el monte inmediato, siguiendo el camino que Azam le había indicado.

No bien hacia algunos minutos que el traficante de Fez había huido de los lugares que él había hecho conmovér, los ecos de la fiesta y que entonces quedaban siendo teatro de las escenas mas sangrientas, cuando Azam, que contemplaba el incendio de las tiendas que había ocupado Zelím-Almanzor, sintió que una mano le tocaba suavemente en la espalda.

—Bien venido, Abdul, dijo Azam viendo al recién llegado, que era un hombrecillo de rostro pálido y enjuto y de ojos pequeños, pero penetrantes.

—Si nada mas teneis que mandarme, venga mi dinero, porque aqui estoy demás.

—Tomad, dijo Azam dándole un bolsillo.

—A fuer de buen camarada debó deciros que los amotinados persiguen de muerte á los africanos.

—¡Alá protegerá mi vida! dijo Azam mirando hácia el Oriente con la fé de un santón; y viendo luego que los soldados moriscos, cansados de asesinar, se replegaban para hacer frente al enemigo en caso necesario, montó en su caballo y se dispuso á ir hácia el punto en donde el temor obligaba á formar á la amotinada soldadesca.

—Teneis el aspecto de un general, exclamó el hombrecillo que se habia acercado á Azam, contemplándole á cierta distancia.

—Pero me faltan soldados, dijo el palafrenero del rey de Fez mirando á su interlocutor despues de haber lanzado una mirada funesta á aquel pueblo sin rey y á aquellos soldados faltos de gefes que se movian por todas partes sin orden ni concierto.

—¡Qué diablo! exclamó Abdul con aire decidido como si

hubiera meditado bien lo que iba á decir; pensad que sois Djan-Pulad..... Un poco de osadía, y vamos á recojer los pedazos de esa corona que ha brillado instantáneamente en las sienes de Zelim-Almanzor para reunirlos sobre vuestra frente.»

Una nube sombría pareció cruzar por la frente de Azam despues de haber brillado en sus lábios una sonrisa de orgullo.

«Los reyes no se inauguran, dijo Azam con tono solemne. Cada cual siga su camino, y yo seguiré el mio. ¡Amina, serás vengada!»

Dicho esto, picó espuela á su caballo y bajó á la llanura á confundirse con los moriscos que habian formado ya, eligiendo nuevos gefes para que los mandasen.

Abdul se sentó debajo del árbol á cuya sombra habia recobrado el sentido nuestro conocido Farax, y vaciando la bolsa que le habia dado Azam, vió brillar tres monedas de oro.

«¡Hé aqui, dijo el miserable, la recompensa de mis trabajos como derviche, como espía, y como revolucionario!»

En efecto, aquel pobre diablo, aquel hombrecillo incapaz de manejar un arcabuz, se atrevió á decirle la buenaventura á Zelim-Almanzor, habia avisado al ejército cristiano el sitio en donde podria sorprender la columna de Aben-Rafi, y habia aquella mañana hecho cundir la impóstura entre los soldados del Tuerto, de que este era un traidor.

Djan-Pulad no pudo haber encontrado mejor agente. Satanás no se hubiera desdeñado de tenerle á su servicio.

—Pero no están soldados, dijo el palanquero del rey de Tet mirando á su interlocutor despues de haber lanzado una mirada furtiva á aquel pueblo sin rey y á aquellos soldados sin jefe.

—¿Qué habéis estado haciendo, Abdul, con este pueblo como si

CAPITULO XXXV.

El arcabuzazo de Azam.

Una hora después, cuando el miedo había calmado la agitación, y cuando aquella soldadesca crédula, fanática, y feroz, hubo comprendido que era preciso organizarse para hacer frente al enemigo, cuyas avanzadas habían hecho retirar á algunas de las que protegían el campamento, se replegaron y formaron silenciosamente á la voz de sus nuevos gefes.

En el sitio en donde se había levantado la soberbia tienda que había ocupado Zelim-Almamzor, se veía un monton de cenizas, y entre ellas los cadáveres horriblemente mutilados del sábio y patriota Ajem y del valiente Josuf. Sakfan y Aben-Rafi habían sido arrojados á las llamas, y la soldadesca ansiosa de nuevas sensaciones se había complacido en verles arder despues de haberse manchado con su sangre. Tambien algunos criados habían sido arrojados al fuego, y no lejos de los cadáveres mutilados, carbonizados ó solo chamuscados se veían exánimes los magníficos caballos que había montado el descendiente de Zeit. El noble Jevél estaba entre ellos.

Los ancianos, las mugeres y los moriscos que habían creído en el triunfo de Zelim-Almamzor, y que habían llevado al campamento sus familias y sus caudales, miraron con horror los excesos de la multitud; y al saber que el enemigo les rodeaba por todas partes y que era imposible encontrar un camino para salvarse, levantaron las manos al cielo como si solo ya confiaran en su amparo.

La resistencia era imposible. Este era el sentimiento general, y todos parecían dispuestos á entregar sus armas, cuando un incidente vino á hacer brillar momentáneamente el entu-

siasmo en las frentes de aquellos soldados, manchadas ya con el crimen.

Azam se presentó en una de las avanzadas que ocupaba un montecillo. Habían acudido allí los mas desalmados para demostrar que los escesos cometidos en la tienda del rey no habían amortiguado su valor, y que aun se sentían con fuerzas para resistir al enemigo. En el momento en que Azam se apeó del caballo, dos de ellos cayeron muertos casi á su lado. Este suceso hizo que los moriscos retrocediesen; y como Azam no se movió del punto donde se había apeado, quedó mas cerca de los cristianos que de los suyos. El valor tiene su ascendiente, y el que en aquella ocasion acababa de manifestar el palafrenero del rey de Fez le hizo gefe de la avanzada, y con mas motivo cuando le oyeron gritar:

«Acercaos, camaradas, que las balas no alcanzan á todos.»

Algunos moriscos, estimulados por el ejemplo de Azam, se acercaron á él. El número de los que no se habían movido era mayor que el de aquellos que se habían puesto ya á su lado.

«Es preciso defender esta posicion, dijo Azam; detrás de esas guerrillas que intentan desalojarnos de aqui está toda la infantería alemana, y ¡ay de nosotros si esa gente logra salvar este monte!

—¡No os fieis de ese maldito! dijo una voz que salió del grupo de los que se habían retirado:

—¡Es un traidor! dijo otro:

—Es un africano, añadió un tercero!

—¡Misérables! gritó el palafrenero lanzando al grupo una mirada que hizo temblar á los que estaban á su lado: en el lenguaje de los cobardes, añadió, se llama traidor al que se pone en el punto de mas peligro. Venid, venid, malos soldados á ocupar vuestro puesto, si no quereis que ahorre á los cristianos el trabajo de mataros.

—Sí, sí, dijo uno de los que estaban al lado de Azam, fascinado por sus miradas y por sus palabras; acudid, si no os hacemos fuego.»

La amenaza de aquel morisco, á quien Azam parecia haber

comunicado su valor, produjo su efecto, y los cobardes se confundieron con los valientes, y todos parecían aguardar las órdenes del que tan inesperadamente había ido á hacerse jefe de ellos.

Azam, despues de haber contemplado el cuadro imponente que ofrecia el ejército cristiano, cuya infantería, modelo de orden y disciplina, esperaba impasible el resultado de las escaramuzas empeñadas entre sus guerrillas y las avanzadas de los moriscos, fijó sus ojos en el campamento que el dia antes se conmovia á la presencia del descendiente de Zeit, y al reparar en sus tiendas convertidas en cenizas y al ver entre aquellas pavesas los cadáveres mutilados de los Aben-Rafi, los Ajem y los Josuf, capaces de habérselas habido con los gefes alemanes, pareció complacerse como el que ve próxima á terminarse una obra que ha sido el afán de su vida.

Poco despues Azam y sus soldados vieron pasar por la falda del monte que ocupaban á tres moriscos que se dirigian al campo enemigo; y hubieran creido que eran algunos miserables á quienes el miedo les obligaba á pasarse á los contrarios, si no hubieran notado que uno de ellos agitaba en su mano un blanco lienzo.

«Ya veis, dijo Azam á su gente; van á capitular....»

La sonrisa de desprecio que se dibujó en los labios del palafrenero y el tono con que pronunció aquellas palabras, produjeron honda impresion en los que las oyeron. La mirada de Azam habia fascinado á los que estaban á sus órdenes, y era indudable que podia hacer de ellos lo que se le antojase. Un gesto suyo les hubiera hecho précipitarse sobre el enemigo, y una palabra les habria obligado á entregar sus armas.

Entre tanto, los tres moriscos se apearon delante del duque de Segorbe. La vista penetrante de Azam lo observaba todo, y cuando notó que uno de ellos parecia disponerse á hablar, alargó el cuello, como si hubiera querido oir lo que decia, y si no pudo lograrlo, por sus gestos y por sus lágrimas comprendió que aquel morisco invocaba la clemencia del duque para los sublevados.

En efecto, Dabud Ben-Aixa, poniéndose delante de sus compañeros Ajib y Amed-Bekir, dobló su cuerpo ante el duque, y le habló en estos términos:

«Señor: una horrible sublevación acaba de hacer en nuestro campamento mas daño que el que pudieran haber hecho vuestras tropas si hubieran entrado en él sin gefes que las contuviesen. Vos hubiérais respetado las canas y el valor, y no hubiérais permitido que el valiente Josuf, herido y enfermo, hubiera sido asesinado; pues bien, señor, lo que vos habríais hecho atendiendo á vuestros nobles sentimientos, siendo enemigo, ha sido olvidado por los asesinos, que en su embriaguez nada han respetado. El Tuerto, Ajem, Aben-Rafi, Sakfan y otros muchos han sido víctimas de sus puñales. Nuestro caudillo Zelim-Almanzor ha huido cobardemente á favor de la noche; y si os quereis tomar la molestia de subir á esa vecina montaña, podreis desde su cumbre contemplar el cuadro horrible y desconsolador que ofrecen millares de familias que elevan sus ojos al cielo implorando su protección cada vez que llegan á sus oídos los ecos de vuestras músicas y clarines.»

El duque de Segorbe pareció conmovirse al oír hablar de aquel modo al docto Dabud Ben-Aixa, y el maestro de campo, gefe de los alemanes que estaba á su lado, no se sintió menos conmovido al reparar en las lágrimas que surcaron las mejillas de Ajib y de Amed-Bekir, que apenas se atrevían á levantar los ojos. El pundonoroso señor de Alcacer, el vizconde de Chelva y los demas caballeros valencianos que formaban el acompañamiento del duque, parecían tambien animados de sentimientos compasivos hácia los moriscos; sólo el conde de Montblanc, que se habia armado con la esperanza de medir su espada con la de Zelim-Almanzor, arrugó el entrecejo al ver los comisionados, para palidecer cuándo oyó luego que el robador de Isabel habia huido del campamento. La suerte de su hermana conmovió su corazón.

El duque, después de oír el parecer del general alemán y el de los nobles valencianos á quienes interesaba no poco la vida de sus colonos sublevados, mandó á su secretario que redac-

tara una capitulación, en la cual en cambio de la vida que se otorgaba á los moriscos, se les obligase á bautizar á sus hijos, á cerrar sus mezquitas, á vestir el traje de los cristianos, á delatar ante el Santo Oficio á los que no cumplieran los preceptos de la Iglesia cristiana, católica, apostólica romana, y á entregar doscientos mil escudos para indemnizar á las familias de los muertos en la campaña, y para que el consejo de Valencia se reintegrara de los gastos ocasionados en el armamento de las tropas cívicas y en las obras de defensa hechas en la ciudad.

Dabud Ben-Aixa, Ajib y Amed-Bekir oyeron leer aquellas condiciones en que se les obligaba á renunciar á lo más querido, pero como sus representados les habían dicho que accediesen á todo en cambio de sus vidas, se acercaron á la mesa de tígera sobre la cual se había escrito la capitulación, y tomaron plumas para firmarla.

Amed-Bekir acababa de poner su nombre en el papel, y Dabud Ben-Aixa se disponía á seguirle, cuando Azam, que como hemos dicho observaba todo esto con la mirada del águila, se volvió á su gente y con tono sarcástico exclamó:

«¡Miserables!.... ¡no lo estáis viendo!.... ¡mirad como os entregan!.... ¡Oh, no lograrán su intento!» Y luego, montando su arcabuz, añadió en voz baja: «Para que no haya reyes es preciso que no haya vasallos.»

Al murmurar estas últimas palabras aquel hombre, que parecía el demonio de la destrucción, disparó su arcabuz contra uno de los soldados cristianos que, descansando sobre el suyo desde que se había advertido de la capitulación, esperaba en aquella confiada postura que tocasen retirada para dejar el punto avanzado que ocupaba.

El soldado cristiano cayó muerto. La bala, hábilmente encaminada, le había entrado por la nuca. Sus compañeros retrocedieron espantados. Los veinte mil soldados que formaban el ejército del duque de Segorbe parecieron conmoverse como un solo individuo, y la pluma se escapó de las manos de Ajib, que iba á firmar la capitulación. Los ojos de todos se fijaron

en el punto donde habia sonado aquella imprudente detonacion, y vieron que el asesino se acercaba á la víctima y que cortándole la cabeza la hacia rodar por los aires.

Aquel arcabuzazo, aquella cabeza ensangrentada que vieron rodar por el espacio, fue la señal de matanza. Los que poco antes se habian mostrado compasivos, sintieron que la sangre se agolpaba á sus frentes, y el mismo duque, no pudiendo contenerse ante el horrible espectáculo de aquella nueva víctima de la barbárie africana, rasgó las capitulaciones, mandó degollar á los comisionados, y haciendo tocar á las músicas y clarines paso de ataque, avanzó hácia el campamento de los moriscos, matando, destrozando y haciendo añicos cuanto se le ponía delante. Al recuerdo del pobre compañero de armas, asesinado vilmente, y cuya cabeza se habia ofrecido á los ojos de todos como una prueba del mas bárbaro y solemne desprecio, sintieron sublevarse en sus corazones todos los sentimientos de dignidad humana, y nada les parecia bastante para vengar el negro crimen. Las tiendas fueron abrasadas ó destrozadas, los ancianos asesinados, las mugeres violadas. El sol habia llegado á la mitad de su carrera, y el calor de uno de los últimos dias de mayo acabó de inflamar á aquel ejército indignado.

Mientras el incendio, la devastacion y el degüello se ofrecia en el campamento de los moriscos, Azam, que bajo pretexto de bajar al campamento para buscar gente que fuera á defender la posicion que él habia ocupado, logró separarse de los que le habian obedecido en la cumbre del monte, bajó al valle, y los pobres sublevados que habian atribuido el disparo fatal y el fuego que se oyó despues á que los cristianos no habian aceptado sus proposiciones, vieron cruzar por entre sus filas sin tratar de detener ni de hacerle fuego, al que habia sido ocasion de la negra tempestad que les amenazaba.

«¡Oh! exclamó Djan-Pulad cuando merced á la asombrosa velocidad de su caballo se vió seguro en la cumbre de un monte y cerca de un camino que le ofrecia la salvacion, ¡mi venganza va siendo mayor que su crimen!...»

CAPITULO XXXVI.

El demonio de la duda.

Aquella misma noche, á eso de las ocho, un hombre montado en un caballo, cruzaba el camino que conducía á la casa del Renegado. La noche estaba tranquila, la luna brillaba en el cielo, y hacia poco rato que habían dejado de oírse los ecos de las músicas en el vecino pueblo de Tales, adonde acababa de llegar el ejército cristiano, harto de sangre y matanza, y lleno de botín. El viajero, que no tenía mucho interés en llegar pronto al término de su partida, y como su caballo era Ninguna criatura humana se descubría en los alrededores de la funesta morada ante la cual se detuvo poco después relinchando satisfactoriamente el caballo que montaba nuestro viajero, el cual por su parte al verse cerca de la casa levantó la cabeza como si se despertara en aquel momento de un sueño. Sus ojos se perdieron en las sombras del patio, y después de un momento de indecision exclamó, apeándose de su cabalgadura. «¡Entremos!....! Veamos si está el amante al lado de su amada!...!» Esto diciendo, penetró en el patio, y como su caballo volvió á relinchar al olfatear el pesebre, se acercó á la cuadra para hacerle entrar en ella; pero al abrir la puerta, un olor repugnante salió de su interior, é hizo retroceder al jinete y al caballo. «¡Ah! exclamó aquel, como hombre que recuerda una cosa; ¡los caballos han muerto de hambre!» y desistiendo de su intento, en vez de llevar el suyo á la cuadra, lo ató á una estaca

que habia en la pared. En seguida subió los escalones que separaban el patio del piso principal, y encontrando las puertas abiertas llegó al recibimiento, por donde tuvo necesidad de cruzar rápidamente, pues el cuerpo de Modum habia entrado en descomposicion y el olor era allí tan repugnante como el que habia percibido en la cuadra. Ademas, su objeto no estaba allí. Cruzó el salon y llegó al gabinete de la cristiana.

La luna proyectaba sus rayos melancólicos sobre un grupo que hubiera hecho conmovér otro corazon que no hubiera sido el que se encerraba en el pecho de aquel impasible espectador, el cual exclamó en voz baja: «No me habia engañado; ¡ahí están!... el uno al lado del otro...» Al decir esto, el desconocido llevó la mano al puño de su yatagan, y en esta actitud se acercó un paso mas. Las emanaciones del jardín y los perfumes impregnados en todos los muebles y ropas del gabinete, impedían que allí se sintiesen los efectos de la descomposicion de la envenenada. El ambiente de aquella estancia era embriagador aun, y por otra parte la luz dudosa de la noche que no permitia ver el cuadro con sus horriblos detalles, prestaba cierta poesía siniestra y engañosa al grupo de los amantes. La ilusion llegaba á veces á ser completa. El mismo Dján-Pulad, pues no era otro el que acababa de entrar, parecia dudar de si su veneno habria producido el esperado efecto, y se estremecía al pensar que el amor y no la muerte hubiera enlazado á Zelim-Almanzor y á Isabel de Meneles. Hubo un momento en que el confidente de Amina se estremeció. Uno de los amantes se habia removido. Era Zelim-Almanzor, que sin embargo de haber tragado el veneno que habia dejado su amada, luchaba aun con la muerte. La misma causa no podia producir los mismos efectos en naturalezas tan diferentes como eran las de aquellos amantes. Isabel sucumbió bien pronto; pero el soldado de Soliman, el cazador de leones, era jóven y robusto, y las entrañas parecían querer ahogar los efectos del veneno, pues hacia una hora que la muerte habia impreso en su frente el triunfo del brebaje de Azam. Las con-

vulsiones habían dejado de atormentar al rey; pero en cambio su respiración, cada vez mas penosa y mas violenta, le habían hecho comprender que no tardaría en sucumbir. En la horrible vaguedad de ideas que se resbalaron por la mente de aquel desgraciado rey, la suerte de sus adictos le causaba mas daño que el veneno que minaba su vida atormentando su cuerpo; y en el momento en que oyó relinchar un caballo en las inmediaciones de la casa, no dudó que sería el de Ajem ó el de Farax que vendrían á hacerle salir á campaña. Al pensar en la sorpresa que su muerte causaría á sus buenos consejeros, se conmovió su noble corazón. Cuando sintió pasos cerca de sí se movió para ver quién era el recién llegado, y aunque los rayos de la luna le permitieron ver su rostro, no le reconoció.

«¿Quién sois?.....» preguntó Zelim-Almanzor haciendo un esfuerzo.

—La nube sombría que ha ido oscureciendo tu gloria... Zelim-Almanzor miró á Azam como si dudase de su existencia. Su razón había comenzado á flaquear, y aquel hombre le pareció una visión.

«¡Gloria!... ¡humo vano!...» balbuceó el descendiente de Zeit.

—La gloria, exclamó Azam, es humo vano para el que pretende buscarla al través del crimen, como lo has hecho tú. La gloria es un fantasma para los hombres pequeños. La gloria se reserva solo para las almas grandes y nobles, y la tuya ha sido tan ruin como la de un forajido, y tan cobarde como la de una muger. Tu abuelo Kalender-Zeit, á pesar del cieno que mancha su recuerdo, será considerado como un Alejandro cuando se le compare contigo. También él, lo mismo que tú, después de haber contemplado desde el azulado lomo del Mediterráneo la hermosa ciudad de Valencia, desembarcó en sus risueñas playas para dar el grito de independencia entre los musulmanes de este reino. También él había soñado en la pompa soberana al pensar que descendía de reyes. El valor, la generosidad, el talento, todo le recomendaba ante el pueblo que lo había rodeado llamándole su soberano, y pronto reunió un ejército.

—¡Miserable!.... No me atormen.... ¡tes ha.... blándome! de eso! bulbuceó el descendiente de Zeit.

—¡Valor! Zelim-Almanzor, exclamó el terrible Azam con acento solemne como si hubiera comprendido que hablaba á un moribundo. Un hombre que se envanecía ayer con el dictado de rey; que tenia á sus órdenes mas de veinte y cinco mil soldados; que habia puesto en conmocion á muchos millones de almas, y que habia hecho temblar ligeramente la corona de un emperador como Carlos V., debe tener valor para oir como murió un ascendiente suyo. Oyelo, pues, añadió el imperturbable palafrenero. Un verdugo, la asquerosa mano de un verdugo cortó su cabeza. La muerte de tu abuelo no fué llorada ni sentida de nadie. Murió como un miserable y ni aun tuvo valor para presentarse sereno en el cadalso.

—¡Por piedad!.... no me recordeis.... esa historia, volvió á tartamudear el moribundo.

—Kalender-Zeit, continuó Azam, habia tenido la desgracia de conocer en Gandía á una cristiana llamada Juana Borja, y aquella muger, lo mismo que esa que tienes al lado, hizo esclavo al que venia á romper las cadenas de un pueblo. En sus brazos se olvidó de lo que habia venido á hacer en este reino, y sus soldados le fueron abandonando al ver su afeminacion.

—¡Silencio! si.... lencio, dijo Zelim-Almanzor esforzándose en avanzar hácia Azam para obligarle á callar.

—Cálmate: sólo me resta decirte que aquel hombre que habia salido del Africa como un leon irritado, se degradó hasta el estremo de desmontar de sus armas y de su corona las piedras preciosas que la adornaban para venderlas á las familias del duque de Liria y del conde de Oliya. Kalender-Zeit todo lo habia calculado, y con su producto se disponia á regresar á Fez, ó á Tunez para hacerse mercader y ofrecer á esa dama una vara en vez de un cetro, y un mostrador en lugar de un trono.

Zelim-Almanzor sintió que la vergüenza prestaba momentáneo calor á su rostro, y alargando el cuello y fijando sus ojos espantados en el imperturbable Azam, exclamó haciendo violentos esfuerzos:

«¡Esa voz!... ¡Tu nombre! Di quién eres, miserable, que... vienes!... á com... placerte... en la ago... nía de... los mori... bundos.»

—Soy Azam, el palafrenero del rey de Fez, ¡el que protegió tus amores con Amina!... ¡con la mas noble y generosa de las mugeres!... Solo nosotros dos hemos tenido ocasion de saber todo lo bueno que encerraba el corazon de aquella princesa. Ella conmovió el de su padre cuando iba á dictar sentencia de muerte contra el bandido Djan-Pulad, y el bandido fue arrancado de las manos del verdugo. El príncipe Zeit Carbau obtuvo su amor, que debia ser la dicha sobre la tierra, y recibió de sus manos tesoros abundantes para levantar y sostener un ejército. Despues acá, el bandido ha tenido el alma de un rey, y el príncipe la de un bandido. Djan-Pulad la siguió con el cariño de un padre y con la respetuosa fidelidad de un esclavo, y el príncipe Zeit Carbau, á quien un nuevo amor habia hecho olvidar á la muger á la cual debia la corona que brillaba sobre su frente, la encontró una noche en una cueva, adonde la habia llevado su loca pasion, y cansado de ella y alentado por la impunidad en que iba á quedar su crimen, la arrojó á un abismo.»

El rey se estremeció al oir esto, y elevando luego los ojos como si hubiera querido rogar al cielo que desmintiera aquella horrible acusacion, exclamó:

«¡Dios mio! Me cree su asesino.»

Azam se conmovió como si le hubiera mordido una serpiente. El tono con que Zelim-Almanzor habia pronunciado aquellas seis palabras, pareció dispartar la duda en su alma, pero luego sacudió la cabeza como si hubiera querido desterrar una idea importuna, y volviendo á la carga, añadió:

«¡Sí!... tú la asesinaste, pero tu crimen ha sido vengado por el bandido Djan-Pulad. Mis agentes han hecho estallar una sublevacion en tu campamento, y Ajem, Sákfan, el Tuerto, Josuf y Aben-Rafi han sido víctimas del puñal de los sublevados. Tu desaparicion durante la noche pasada se ha presentado á los moriscos como el complemento de la mas negra

traición, y merced á mí y al celo de mis agentes, el nombre de Zelim-Almanzor será maldecido eternamente por los que habian creído salvar su religion y su independencian.»

El estertor de la agonía comenzó á agitar el pecho del rey moribundo. Azam creyéndole muerto dió un pasó para dejar el elegante y perfumado gabinete, y al lanzar la última mirada al siniestro grupo, vió que Zelim-Almanzor entreabria aun los ojos y que sus lábios se movían como si quisiera articular palabras. Azam se detuvo y le oyó tartamudear las siguientes frases, que segunda vez debían despertar la duda fatal en su alma.

«El destino! ¡Aminah! Quién... te... habrá asesinado!»

El asesino se puso al lado del moribundo, y cojiéndole por el brazo y agitándole como si hubiera querido devolver la vida á su víctima, exclamó con ansiedad:

«Una palabra más!... ¡habla!...»

Azam acababa de agitar un cadáver.

Poco después, si cualquiera hubiera acertado á pasar por las inmediaciones de la funesta casa del Renegado, habria visto dos cosas bien sorprendentes: á un hombre que salia montado en un caballo, que corria como si se sintiera estimulado por espuelas de fuego, y á un caballero cristiano que entró en ella poco despues de haber salido aquel demonio á caballo: el que salió era Djan-Pulad, el que entró el conde de Montblanc. El uno salió maldiciendo, el otro entró llorando.

Media hora mas tarde llegaron á la casa del Renegado, dos hombres que conducian una caja mortuoria, trasladaron el cadáver de Isabel de Meneses á aquella caja, y el conde de Montblanc volviéndose á montar á caballo exclamó con voz entrecortada por los sállozos:

«Conducidla al convento de Villahermosa! La abadesa está enterada de lo que debe hacer»

CAPÍTULO XXXVII.

Abdul.

Otro personaje, que tenía muy poco de humano y mucho de ave de rapina, se acercó a una casa del Renegado durante aquella noche fatal. Era un hombre de pequeñas proporciones, y obituzo y obituzo. Cuando hubo llegado a la puerta de la siniestra casa, se detuvo en su dintel y alargó el cuello hacia el interior murmurando:

«Si no hubiese muerto, como ha dicho Azam! Un minuto después el hombrecillo subió la escalera, y al descubrir el cadáver de Modum se apretó las narices y se deslizo por el recibimiento como una sombra. Llegó al salón, y la dudosa claridad de la luna que alumbraba el gabinete que había ocupado la cristiana le permitió ver en él el cadáver de Zelim-Almanzor.

«Qué ambiente tan delicado se respira aquí! murmuró. La tumba del profeta no exhala tan delicados perfumes. Esto diciendo, contempló el cadáver del rey, y temiendo sin duda que su quietud fuese producida por el sueño y no por la muerte, se acercó a él con el puñal en la mano andando sobre las puntas de los pies; dobló luego su cuerpo hasta colocar su cara cerca del cadáver, y exclamó lanzando un suspiro: «No respira! está muerto.»

Convencido de esto, envainó su puñal, sacó de entre las pliegues de su faja un disforme cuchillo, y aquel hombrecillo sucio y asqueroso cortó la cabeza al cadáver, luego la envolvió en un lienzo con un cuidado repugnante, y abandonó la casa del Renegado, llevándose la ensangrentada cabeza.

Al día siguiente, en el momento en que una docena de caballeros esperaban en Tales, en el alojamiento del duque de Segorbe, la hora de montar á caballo para regresar á Valencia y mientras los clarines y atambores anunciaban que el ejército expedicionario se ponía en marcha, un musulman, de cuya mano derecha pendía un sangriento envoltorio, se presentó en el alojamiento del duque, solicitó hablarle y llegó hasta su aposento.

«El duque, lo mismo que los nobles valencianos y que los oficiales alemanes, se sorprendió de ver á aquel hombrecillo que apenas les llegaba á la cintura; pero más que su pequeñez les admiró su aspecto. Iba pobremente vestido, y su semblante se asemejaba á una máscara sobre la cual la depravacion parecía haber dejado su degradante huella».

«Señor duque de Segorbe, exclamó el recién llegado, me adeudais quinientos escudos.»

—Luego ese paño..... murmuró el duque fijando sus ojos en el envoltorio.

—En este paño traigo la cabeza de Zelim-Almanzor, dijo el hombrecillo enderezándose con despreciable orgullo y haciendo rodar al mismo tiempo por el suelo la cabeza del que había sido rey de los moriscos valencianos.»

Un incidente dió á conocer hasta donde el cieno ensuciaba el corazón de aquel miserable. El turbante encasquetado en la ensangrentada cabeza contenía algunas piedras preciosas; en lo cual no había pensado el musulman, y al verlas brillar por el suelo, exclamó:

«Las piedras del turbante son mías. ¡En el bando hablábais solo de la cabeza!....»

—Tuyas son, lo mismo que ese dinero, dijo el duque señalándole al mismo tiempo el saco que contenía los quinientos escudos.»

El hombrecillo arrancó las piedras del turbante, tomó el dinero que estaba sobre una mesa, y salió del alojamiento del duque dejando admirados á todos.

Aquel hombre era Abdul.

CAPITULO XXXVIII.

Conclusion.

La noticia de la matanza de Espadan fue la señal de fiesta para los valencianos. El consejo de la ciudad acordó tres dias de regocijos públicos, con el doble objeto de obsequiar á los alemanes y divertir á sus gobernados. Hubo volteo de campanas, sonaron las dulzainas y tamboriles por las plazas, se enarenaron las calles, y se adornaron los balcones con ricas colgaduras. Las damas nobles y las plebeyas de ojos negros y blanco cutis se vistieron como en las grandes solemnidades. Los galanes lucieron sus mas elegantes ropillas y jubones, y los soldados alemanes, del brazo con los valencianos, discurrieron por las calles admirando la bella perspectiva que por todas partes ofrecia la ciudad del Cid. La hermosura de sus mugeres, lo gracioso de sus adornos, sus voluptuosas miradas, parecian seducir á los hijos del Norte, y los acompañantes trocaban sonrisas picarescas con sus lindas conocidas al ver el deseo pintado en los rostros de los soldados de Carlos V. Las puertas de la iglesia mayor se abrieron para dar paso á las autoridades y personas de distincion, y los fastuosos canónigos entonaron un solemne *Te-Deum*. Cuando llegó la noche, el alto *Miquelete* se vió iluminado fantásticamente por diez mil luces de colores que formaban caprichosas combinaciones, y las demas torres, no queriendo permanecer en las tinieblas en aquella noche de fiesta, de luz y de estruendo, mostraron tambien iluminados sus remates, sus arcos y sus cornisas.

Los pobres moriscos que se habian salvado del furor de los alemanes ó de la venganza á los valencianos, regresando á sus barracas ó alquerías, parecian cadáveres escapados de las tumbas. El menor ruido les asustaba y la mas ligera voz resonaba

en sus oídos como un grito de muerte. Algunos, cuando la noche tendía su negro velo, subían á los terrados para contemplar las numerosas torres de la ciudad que habían pensado conquistar, y al ver los millares de luces que las convertían en columnas de fuego, recordaban con lágrimas en los ojos las que habían brillado en el campamento de Zelim-Almanzor. Lo pasado les parecía un sueño horrible, en el cual, al través de algunos momentos de gloria, de entusiasmo y de esperanza, habían visto cadáveres por todas partes, palidez en todos los semblantes, y la traición brillando siniestramente en los ojos de sus gefes; pero luego pensaban en que al día siguiente debían vestir el traje de los cristianos, que debían renunciar completamente á su religión, que debían llevar sus hijos á las pilas bautismales, que la sangre de sus hermanos manchaba sus ropajes, que su independencia había sido una quimera, y que sus cadenas eran una realidad; entonces aquellos infelices lloraban con todo el sentimiento de un pueblo que va á ser privado de su religión, violentado en sus costumbres y despojado de su traje; y entre tanto la armada que debía trasladar á Italia á bordo de sus embarcaciones los diez mil alemanes que tan oportunamente había llegado á Valencia, se balanceaba mansamente en el ancho mar, mientras que sus tripulaciones admiraban la poética perspectiva que ofrecía en aquella noche de calma y contento la risueña ciudad del Turia.

En medio de aquella multitud de barcos de todas clases y dimensiones, una lancha conducida por dos remeros se deslizó por las líquidas llanuras, y apartándose del punto en donde estaba la armada inmóvil en sus áncoras, llegó hasta cerca de un barco que mas distante que todos de la playa parecía estar dispuesto á darse á la vela. La lancha se detuvo muy cerca de él: los dos remeros habían cesado de agitar las aguas.

Un tercer personaje se puso penosamente de pie en la frágil embarcación, y haciendo brotar chispas de un pedernal, encendió una yesca, á la cual aplicó un cohete que se perdió en el espacio. Como si aquello hubiera sido la señal convenida para recibirle en el barco, se vió en seguida que dos individuos

ZELIM-ALMANZOR.

(Lám. 6.)



de su tripulacion dejaron caer la escala de cuerda para permitirle subir. Los remeros acercaron la lancha, y el personaje, apoderándose de la movable escala, trepó por ella sin decir nada á los de la lancha: estos por su parte se alejaron del barco guardando el mismo silencio.

«¡Bien venido, Abdul! dijo un hombre que se paseaba por la cubierta con el desenfado de un capitán.

—¡Ah! mi querido Djan-Pulad, podeis dar gracias á Alá por verme á bordo de vuestro barco.»

Diciendo esto, Abdul se esforzaba en enderezarse haciendo gestos ridículos y penosas contorsiones.

«¿Qué te ha sucedido? ¿Te han dado alguna paliza? preguntó el imperturbable Djan-Pulad sonriéndose á su pesar al ver el estado deplorable de su agente.

—La chusma cristiana ha querido matarme.

—¿Pero y la caja?.... preguntó Farax que se había acercado á Abdul, y que merced al confidente de Amina podia hacer aquella pregunta.

—Aquí está.... tomadla, dijo Abdul poniendo en manos del traficante de Fez una cajita rica en adornos y molduras. Si la hubiera llevado cuando me ha emprendido la canalla, me la hubieran robado.

—¿Con que ha habido robo tambien?... preguntó Farax.

—Sí.... me han quitado los quinientos escudos que me dió el duque de Segorbe por la cabeza de Zelim-Almanzor, además del dinero que yo ya tenia: y no es eso solo, sino que para poder volver á bordo he tenido que dar las piedras que adornaban el turbante del rey.... Solo me resta un collar de perlas de una de mis víctimas.... Si me le hubieran arrebatado, habria tenido que volver á ser enterrador en Fez, lo cual me hubiera sido muy sensible, porque á fuerza de enterrar á muchos no se puede dejar de pensar que un dia puede uno ser enterrado.

—¡Un collar! murmuró Djan-Pulad al oir que su agente tenia una alhaja de esta especie. Veo, añadió despues, que tambien has trabajado por tu cuenta. ¡Una mujer!.... Yo no te he mandado á asesinar á ninguna.

—¡Ay! gritó el magullado Abdul, estoy muy molido.

—Veámos ese collar, dijo Dejan-Pulad.

—¿Me lo quereis quitar?... preguntó Abdul haciéndose un paso atrás y lanzando una mirada siniestra á su principal.

—No.... seamos amigos.... quiero verle; y si no cuéntame como llegó á tus manos, tartamudeó Azám, en cuyo semblante se traslucía una estraña alteracion.

—Vamos..... vedle si quereis, dijo Abdul comprendiendo que nada tenia que temer de Dján-Pulad, y puso en las manos de este el collar en cuestion.

Azam le tomó temblando; se acercó á una linterna que ardia al pié del palo mayor, y al examinar la alhaja palideció como si hubiera visto un espectro; sin embargo, haciendo un violento esfuerzo y ahogando un ¡ay! en su garganta se acercó á su agente, el cual le dijo:

—¿Qué os parecen esas perlas?

—Que te valdrán algunas piastras; pero sepamos como llegó este collar á tus manos.

—Una noche, dijo Abdul, yendo de Tales al campamento de Zelim-Almanzor, noté que dos hombres me seguian á caballo. Aunque yo caminaba á bastante distancia delante de ellos, sin embargo aquella gente se me hizo sospechosa, y abreviando el paso me oculté en la cueva del Lobo, que distaba poco del sitio donde comencé á tener miedo. Cuando yo creia que aquellos dos individuos seguirian su camino sin cuidarse de la cueva, sucedió que les ví entrar en pos de mí con una linterna, á cuya luz iba yo internándome en la cueva como una zorra, hasta que por fin llegaron á un punto en donde hicieron alto. Yo me habia detenido á veinte pasos, y oculto en la oscuridad pude convencerme de que no eran hombres los dos, merced á la luz de la linterna que reflejó en la figura de una dama. Poco después quedó ella sola, y al cabo de un rato entró otro personaje. Entonces lo adiviné todo..... eran amantes que se habian citado á la cueva, con lo cual probaban que tenian algo de fieras..... Sus palabras no llegaron claras á mis oidos, pero comprendí que entre ellos no habia la mejor armonía.... Hubo llo-

ros..... y mas lloros. El diablo se cruzó entre ellos, dió un puntapié Cupido y riñeron, y él se fue y la dama se quedó..... y cómo la ocasión hace el ladron, y como sucedió que ví brillar en su cuello esta alhaja ¡uf! apagué la luz, me lanzo sobre ella y le arranco el collar; y como la maldita comenzó á dar voces, y como yo no habia olvidado que habia traído un acompañante, el cual vendria acompañado de algún puñal, me ví en la dura precision de precipitarla en el abismo que se abria cerca de nosotros: y luego para evitar el andar en contestaciones con el que estaba á la parte de afuera, me fui por aquella salida oculta entre matorrales que vos me enseñásteis un día pasando por cerca de la cueva.

Azam, que habia oído la relacion de Abdul, haciendo violentos esfuerzos para no precipitarse sobre aquel demonio con figura humana, lanzó un ¡ay! que resonó en los oídos de la tripulacion como un rugido, cuando despues de haber adivinado que aquel miserable era el asesino de Amina, pensó en que la horrible fatalidad que habia marcado sus pasos quiso tambien que debiese su salvacion á la abertura oculta entre matorrales que él habia tenido la imprudencia de enseñarle. Aquel ¡ay! horrible, agudo, profundo, que parecia el lamento de un condenado, hizo que Abdul se postrase á sus pies temblando como un azogado, y que Farax preguntase con acento conmovido:

«Azam, Azam, ¿qué significa vuestra exclamacion?»

Azam, en vez de contestar elevó sus ojos al cielo, y dejándose caer de rodillas, exclamó con un acento que hizo estremecer á Farax, y que esparció el pavor en la tripulacion que le observaba muda de asombro.

«¡Zelim-Almanzor! ¡Isabell!.... ¡Modum, Ajem, Sakfan, Josuf, Aben-Rafi, perdonad á vuestro asesino!

—¿Cómo?.... ¡Vos!.... Explicaos, explicaos, murmuró Farax que no sabia como interpretar la conducta de su salvador, y cuyas últimas palabras habian levantado un torbellino de dudas en su alma.»

Azam se levantó, sacudió su cabeza, y apretando entre sus

manos calenturientas la del traficante de Fez, exclamó con acen-
to de profunda convicción.

— ¡Alá no quiere que la media luna vuelva á ondear en Va-
lencia. Zelim-Almanzor no era un criminal. Aquí no ha habido
más que un hombre que, creyendo ser el brazo de la justicia
de Alá, ha querido vengar un crimen que era una quimera. Si
alguna vez habláis de la desgraciada sublevacion de los mo-
riscos valencianos, en la cual habeis perdido vuestros mas ca-
ros amigos, y lo que es mas, vuestra esperanza de ser enter-
rado en el suelo que os vió nacer, decid que el destino cerró
los ojos de Djan-Pulad y desenvainó el puñal de Abdul. Decid
que hubo un engañado y un criminal; que el engañado fui yo,
y el criminal el miserable que está á nuestros pies.

Una hora despues, el barco se hizo á la vela llevando en su
popa una antorcha siniestra, cuya luz se reflejaba en las tran-
quilas aguas. Aquella antorcha era el cuerpo de Abdul, embe-
tunado como las víctimas de Neron por orden de Djan-Pulad.

FIN.

INDICE.

	Págs.
Capítulo I.—De lo que sucedió en la alquería de Farax.	3
Cap. II.—Diplomacia de Farax.	19
Cap. III.—Una visita inesperada.	26
Cap. IV.—Recuerdos.	34
Cap. V.—Genealogía de una dama.	41
Cap. VI.—Una dueña como muchas.	46
Cap. VII.—Un grito dado á tiempo.	56
Cap. VIII.—De cómo triunfó el amor en el corazon de Isabel.	66
Cap. IX.—Donde se ve que una dueña cuando recela, tiene motivos para recelar.	74
Cap. X.—Los relinchos de Jevél.	79
Cap. XI.—La cédula de 4 de abril de 1525.	87
Cap. XII.—El sueño de Zelím-Almanzor.	97
Cap. XIII.—El discípulo de Torquemada.	106
Cap. XIV.—El poder del oro.	113
Cap. XV.—¡Ayes del alma!	119
Cap. XVI.—A lo que obliga el amor.	124
Cap. XVII.—Sufrimientos de Farax.	137
Cap. XVIII.—La Sierra de Espadan.	146
Cap. XIX.—De lo que sucedió en la Cueva del Lobo.	153
Cap. XX.—El camino de Tales.	163
Cap. XXI.—La casa del Renegado.	175
Cap. XXII.—El campamento de Zelím-Almanzor.	188
Cap. XXIII.—El Tuerto.	196
Cap. XXIV.—El emisario.	209
Cap. XXV.—El duque de Segorbe.	221
Cap. XXVI.—El incógnito.	232
Cap. XXVII.—Moros y cristianos.	241
Cap. XXVIII.—El conde de Montblanc.	251
Cap. XXIX.—¡Amina!	260
Cap. XXX.—El derviche.	273
Cap. XXXI.—De como Isabel de Meneses supo una cosa que hubiera de- seado ignorar.	284
Cap. XXXII.—Djan-Pulad.	294
Cap. XXXIII.—La corona.	301
Cap. XXXIV.—El agente de Azam.	309
Cap. XXXV.—El arcabuzazo de Azam.	323
Cap. XXXVI.—El demonio de la duda.	329
Cap. XXXVII.—Abdul.	335
Cap. XXXVIII.—Conclusion.	337

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

Lámina 1. ^a	36
Lámina 2. ^a	96
Lámina 3. ^a	122
Lámina 4. ^a	202
Lámina 5. ^a	307
Lámina 6. ^a	338